

Presente y futuro del cristianismo en Tierra Santa

Giovanni Marchesi

Durante el mes de diciembre se celebró en Roma un encuentro sobre el futuro de los cristianos en Tierra Santa, presidido por el Papa Juan Pablo II. El objetivo del encuentro consistía en analizar la situación de las comunidades cristianas en medio de la guerra entre árabes y judíos. Con esta ocasión se ha reafirmado la postura de la Iglesia al respecto consistente en la seguridad del Estado de Israel, el nacimiento de un Estado palestino, un estatuto con garantía internacional para Jerusalén y una solución equitativa para los refugiados palestinos.

El drama de los cristianos de Tierra Santa

El jueves, 13 de diciembre de 2001, con ocasión de la vigilia de la jornada de ayuno y oración por la paz en el mundo, en la sala Bologna del Vaticano, Juan Pablo II presidió el día de encuentro y reflexión sobre el futuro de los cristianos en Tierra Santa. Con el Secretario de Estado, cardenal Angel Sodano, y sus colaboradores, participaron en él los líderes de las comunidades católicas de Tierra Santa, cinco cardenales responsables de dicasterios de la Curia Romana, cinco presidentes de Conferencias Episcopales y dos representantes pontificios en

Oriente Próximo¹. El sentido y la finalidad de tal encuentro pueden encontrarse ya en las palabras iniciales del breve pero incisivo discurso que el Papa pronunció inmediatamente después de la intervención introductoria del Secretario de Estado: con este encuentro se quiere «demostrar una vez más –afirmaba Juan Pablo II– el interés y la preocupación con que la Santa Sede sigue la situación en Tierra Santa, compartiendo, a través de una particular espiritual vecindad, el drama de aquellas poblaciones duramente probadas desde hace mucho tiempo por actos de violencia y de discriminación. Así mismo quiere ser un testimonio de la solicitud de toda la Iglesia por los cristianos de Tierra Santa, en particular por la comunidad católica, además quiere manifestar el común empeño por la continuidad de su presencia milenaria en aquella región, y ofrecer la propia contribución por

¹ De los 21 participantes en el encuentro recordamos al menos los siete responsables de las comunidades católicas en Tierra Santa: Michel Sabbah, patriarca latino de Jerusalén; Ignacio Pierre VIII, patriarca sirio católico; Paul Nabil Sayah, arzobispo maronita de Haifa y Tierra Santa, exarca patriarcal maronita de Jerusalén; George Khazzoumian, vicario patriarcal armenio católico de Jerusalén; Mtanios Haddad, administrador patriarcal greco melkita católico de Jerusalén; P. Paul Collin, exarca patriarcal, caldeo; P. Giovanni Batistelli, franciscano, custodio de Tierra Santa.

la justicia y la reconciliación entre cuantos tienen en aquel lugar las raíces de su propia fe» (Obs. Rom., 14 de diciembre de 2001, 5)

La reunión propició una amplia reflexión sobre la dramática situación –como la definió el propio Pontífice– que atañe y trastorna las poblaciones locales, sobre todo la israelí y la palestina, desde hace tiempo ya rehenes de una perversa espiral de violencia, causa de muchas víctimas en los dos frentes. En algunos aspectos, los cristianos de la región sufren en cierto sentido más que el resto de los habitantes ya que «aparecen aplastados por el peso de dos extremismos opuestos que, independientemente, de las razones que los alimentan, están desfigurando el rostro de la Tierra Santa» (ibíd.). Estos extremismos son, por una parte, el así llamado fundamentalismo islámico que arma a los kamikazes palestinos, y por otra, las represiones israelíes, con las incursiones de tanques, helicópteros o aviones, sobre ciudades y aldeas de territorios palestinos. Los actos de violencia de los palestinos han arrastrado a la sociedad israelí a una situación de miedo e inseguridad; sobre todo a los colonos de los asentamientos israelíes de Cisjordania y la franja de Gaza que se sienten más amenazados por el terrorismo, que a su vez, ha golpeado represivamente tam-

bién en interior del Estado de Israel. Además la reacción israelí, puesta en acción puntualmente después de cada atentado, termina cimentando el odio del frente opuesto.

la ausencia de peregrinos y de flujo turístico, ha significado y significa hambre, desocupación y marginación, sobre todo para la población árabe de la región

Una de las señales más evidentes del desastre que ha golpeado Tierra Santa es la «desertización espiritual» de los Santos Lugares: desde el 28 de septiembre del 2000 cuando a primera hora de la mañana entraba Ariel Sharon, actual primer ministro de Israel, en la explanada del templo o de las Mezquitas, cumpliendo un gesto, interpretado como una provocación contra las negociaciones de paz, entonces en curso entre Barak y Arafat, quedaron en entredicho las peregrinaciones de los cristianos a Tierra Santa. La ausencia de peregrinos y de flujo turístico, además de causar un daño económico y de imagen al Estado de Israel, ha significado y significa hambre, desocupación y marginación, sobre todo para la población árabe de la región. Y además de esas, tienen

que sufrir aún los cristianos, más que los otros, las consecuencias de la crisis de Oriente medio que dura ya más de cincuenta años.

Conscientes del dramatismo y de la complejidad de la situación de Tierra Santa, los participantes en la reunión del 13 de diciembre, reafirmaron ante todo la voluntad de la Iglesia católica, de continuar trabajando eficazmente en favor de la reconciliación y la paz entre israelíes y palestinos, hebreos, musulmanes y cristianos. Al mismo tiempo confirmaban la colaboración de las organizaciones católicas de todo el mundo para ayudar a sostener la esperanza de los cristianos de Tierra Santa. «No estáis solos; la Iglesia entera está con vosotros –afirmaba el Santo Padre– toda la Iglesia comparte vuestras preocupaciones, sostiene vuestro esfuerzo cotidiano, está cerca de los sufrimientos de vuestros fieles y con la plegaria, mantiene viva la esperanza» (Ibíd).

La situación actual de los cristianos.

¿Cuál es la situación de los cristianos en Tierra Santa? ¿Cuáles son las relaciones con los árabes-palestinos y con los israelíes? Son éstos, dos de los aspectos sobre los que los participantes en el encuentro

del 13 de diciembre, trataron de hacer una reflexión. Recordemos ante todo que con la acepción Tierra Santa –término en el que se incluye la región medio oriental, en la que se desarrollaron los acontecimientos de la encarnación del Hijo de Dios, del nacimiento de Jesucristo, de su vida, muerte y resurrección– se incluye el Estado de Israel y los territorios de la Autoridad Nacional Palestina, o simplemente Palestina.

*los cristianos palestinos,
además de reclamar la
libertad y el fin de la
ocupación israelí, pagan
también su precio por el
conflicto: muertes, asedio,
casas derruidas,
desocupación, estrechez
económica y dificultades
para educar a sus hijos*

En tiempos del mandato británico sobre Palestina, los cristianos en Tierra Santa constituían un 20% de la población; eran mayoría en ciudades importantes y significativas para la historia cristiana, como Belén y Nazaret. El drama de esta presencia comenzó en 1948: como consecuencia de la guerra árabe israelí, muchas familias de cristianos

tomaron el camino del éxodo hacia América, Australia, Canadá, etc. En 1948 vivían en Jerusalén cerca de 30.000 cristianos. Con la ocupación de la ciudad por el ejército israelí, muchos cristianos que vivían en la Jerusalén Oeste, como la comunidad cristiana siria, fueron obligados a emigrar: el Estado de Israel, recién constituido, les confiscó sus casas para dárselas a los hebreos victoriosos. Después de la guerra de los seis días de 1967, tras la ocupación israelí de Jerusalén Este, se redujo aún más la presencia cristiana en la ciudad: se calcula que en la actualidad son apenas unos 7.000 cristianos, pertenecientes a 12 comunidades, los que viven en Jerusalén.

Hoy, los cristianos, reducidos a un «pequeño rebaño», están presentes de forma minoritaria y diversa en medio de los dos pueblos, el árabe y el israelí: son sólo el 2% entre la población árabe-palestina que cuenta con cerca de tres millones de habitantes. En el interior del Estado de Israel, es decir, el constituido en 1948, y delimitado con confines válidos en 1967, existe también una pequeña presencia cristiana en la sociedad israelí de lengua hebrea. Dentro de estas mismas fronteras viven unos 120.000 cristianos, generalmente de lengua árabe; la comunidad cristiana más importante es la de

rito melkita, presente sobre todo en Galilea. Por lo que respecta a los católicos, como puede deducirse de los datos publicados por la Oficina Central de Estadística de la Secretaría de Estado, con fecha uno de enero de 2000, en Israel y en los Territorios Palestinos, eran 117.000 los católicos, en una población total de seis millones de habitantes. En estas mismas dos realidades territoriales, la comunidad cristiana más numerosa es la que tiene como líder al Patriarca grecoortodoxo.

La situación de los cristianos en Tierra Santa es bastante delicada, parecida a la de vasos de barro entre vasos de hierro. De hecho ambas comunidades cristianas, la de raíz árabe y la de raíz hebrea están involucradas en el conflicto árabe israelí: los cristianos israelíes de lengua hebrea participan en los sufrimientos y esperanzas de Israel; ellos mismos son parte de una sociedad que sufre y espera. Los cristianos palestinos, generalmente árabes de origen y expresión lingüística, comparten los sufrimientos y las esperanzas del pueblo palestino. Además están los árabes cristianos como, por ejemplo, la numerosa comunidad de Nazaret en Galilea, región septentrional del Estado de Israel que siendo ciudadanos israelíes de hecho se sienten tratados como is-

raelíes de segunda clase al no gozar de los mismos derechos (escuela, casa, trabajo, acceso a la Universidad y a cargos públicos) de los que se benefician los israelíes de raza hebrea. Los cristianos palestinos, además de reclamar la libertad y el fin de la ocupación israelí, pagan también su precio por el conflicto: muertes, casas derruidas, asedio, desocupación, estrechez económica y dificultades para educar a sus hijos.

Más aún, en la sociedad palestina se está produciendo una desintegración social y moral de la población, determinada bien por la presencia y la acción de unas milicias armadas que no tienen un control central capaz de mantener el orden interno, bien por las incursiones militares de los israelíes. La pobreza y la desesperación son el pan de cada día para los palestinos ya que decenas de millares de ellos no pueden desplazarse hacia su trabajo. El estado actual de guerra, el peor a partir de 1948, está produciendo un profundo desgarramiento en el tejido social entre los mismos palestinos cristianos que pleitean con cristianos, musulmanes con musulmanes, cristianos con musulmanes. Todo esto acaba por despertar el antagonismo religioso, fenómeno de extrema gravedad en un contexto social ya profundamente debilitado.

Relaciones entre cristianos, musulmanes e israelíes

Analizando las relaciones de los cristianos con los árabes-palestinos y con el Estado de Israel, del encuentro del 13 de diciembre surgieron las siguientes valoraciones: *las relaciones son buenas con la Autoridad Nacional Palestina*, o sea el presidente Arafat y las instituciones establecidas; existe un especial respeto por la Iglesia y una especial estima de Arafat tanto por la persona del Santo Padre como por la Santa Sede. Entre el pueblo hay una buena colaboración en campos diversos (acción política, partidos, escuelas, comercios, etc.). También ha habido frecuentes encuentros entre las autoridades religiosas cristianas y musulmanas. En cambio, existen ciertas dificultades aún en la vida de cada día, especialmente relacionadas con el fanatismo religioso que los obispos católicos no sólo condenan sino que tratan de extinguir desde sus mismas raíces, animando a sus fieles a no ceder a la provocación, y recurriendo, allí donde los propios derechos son conculcados, a los tribunales o a otro tipo de mediación civil pacífica.

Los mismos líderes de las comunidades católicas de Tierra Santa han confirmado en múltiples ocasiones la existencia de una misión especí-

fica a desarrollar por parte de los cristianos en la tierra de Jesús; a saber, adquirir cada vez más una conciencia de vocación cristiana propia en medio del pueblo árabe y musulmán, esforzándose por encontrar los medios mejores para coexistir, y por ello hacer llegar a toda la sociedad el testimonio de la esperanza cristiana.

Conviene hacerse una pregunta –añadimos nosotros por nuestra parte– acerca del futuro Estado de Palestina, analizando algunos signos no del todo tranquilizantes: ¿el futuro Estado de Palestina será democrático, plural, y respetuoso con las legítimas diferencias, aún de índole religioso, de sus ciudadanos? Más aún, en virtud del artículo tercero del Acuerdo de base estipulado entre la Santa Sede y la OLP de 15 de febrero de 2001, que prevé que «la OLP, asegurará y protegerá en la legislación palestina la igualdad de los derechos humanos y civiles de todos los ciudadanos incluyendo especialmente la libertad de no discriminación, individual o colectiva, referidas a motivos de afiliación, creencia o práctica religiosa», ¿serán garantizados y respetados los derechos de los cristianos que tanto han sufrido y siguen sufriendo por hacer causa común con los musulmanes o quizás prevalecerá un estado de impronta «islámica» fundamentado en la «sharia»?

Con respecto al Estado de Israel, las relaciones entre la Iglesia y el Estado, están reguladas por el Acuerdo Fundamental en vigor desde el 10 de marzo de 1994. *En la actualidad las relaciones con todas las iglesias presentes en Israel son buenas, sobre todo con la Iglesia melkita, que es, como hemos recordado, la comunidad cristiana más numerosa en Galilea y en todo Israel. A aquellos cristianos que se interrogan sobre su propia identidad, responden los líderes religiosos diciendo que son cristianos, árabes y ciudadanos del Estado de Israel. Por esto mismo están llamados a una triple fidelidad: a la fe cristiana, al patrimonio cultural árabe común con los musulmanes del Estado de Israel y de los pueblos árabes, y al Estado de Israel en el que viven, de cuyo sistema democrático deben disponer para desarrollar su vida en todo ámbito, religioso o civil. Los obispos católicos de la región, que son los que mejor conocen la situación concreta de cada día, han podido dar testimonio ante el Papa de que las relaciones entre el pueblo -hebreos y cristianos, lo mismo que entre hebreos, musulmanes y drusos- son normales y pacíficas. Son tan buenas las relaciones que se llega incluso a celebrar matrimonios mixtos entre israelíes hebreos y palestinos cristianos, todos ellos ciudadanos del estado de Israel, que*

es lo mismo que decir que el amor no conoce obstáculos y que es capaz de superar toda causa, real o propagandística, de división y enfrentamiento.

En cambio, en los territorios ocupados por el ejército israelí, las relaciones de la Iglesia con el Estado de Israel son a veces tensas debido precisamente al régimen de ocupa-

*los católicos siguen
denunciando la injusticia
de la ocupación militar con
las destrucciones
materiales, sociales y
morales que la acompañan*

ción, que, también a los ojos de la Iglesia, parece una injusticia, que va dilatándose ya por generaciones. Cuando intervienen los obispos católicos para denunciar tal estado de injusticia, se nota una tensión entre los israelíes, sin que esto llegue a significar ruptura, ni por parte de la Iglesia ni por parte del Estado. Los católicos siguen denunciando la injusticia de la ocupación militar con las destrucciones materiales, sociales y morales que la acompañan, siguen firmes los principios cristianos: todos sin excepción, los israelíes y los palestinos, incluidos los jefes políticos, son criaturas a imagen de Dios;

por eso mismo son amados y respetados como personas humanas, aún cuando lleven a cabo actos de injusticia contra los cristianos.

Uno de los fenómenos más graves denunciados en el encuentro del 13 de diciembre en el Vaticano, además del drama de los refugiados palestinos² es el de la emigración de Tierra Santa que en medida diversa comprende a todos: cristianos, musulmanes y hebreos; la más acentuada de todas ellas es la emigración de los cristianos, por razones económicas, sociales y también religiosas, que fácilmente generan discriminaciones. Durante la segunda intifada, todavía vi-

² Las cifras oficiales de los refugiados por la región del vecino Oriente, proporcionadas por las Naciones Unidas el 30 de junio de 2001, cifran el número total de palestinos en 3.878.738, por tanto más de los habitantes censados en los territorios de la Autoridad Nacional Palestina. Están refugiados respectivamente: en Jordania (1.639.718), en el Líbano (329.973), en Siria (391.651), en la Rivera Occidental del Jordán (607.770) y en Gaza (852.626). SAe entiende que estas cifras son aproximativas ya que muchos palestinos han preferido no quedar registrados en la Naciones Unidas y han ido a reunirse con familiares o parientes en Occidente, o simplemente se han marchado a otros países del mundo para proveerse a sí mismos y a sus familias. 59 campos de refugiados de los países antes enunciados están atendidos por las Naciones Unidas. Entre estos prófugos hay también muchos cristianos.

gente, han emigrado centenares de cristianos. El peligro más grave es que algún día se encuentre Tierra Santa casi sin cristianos. Para soslayar este fenómeno, la Iglesia católica, junto con las demás comunidades cristianas, ya desde hace tiempo ha ido equipando a la población con diversos servicios educativos y sociales: la Universidad de Belén, hospitales, obras sociales, construcción de alojamientos. Son muchas también las organizaciones que apoyan las obras educativas y sociales desarrolladas por la Iglesia, como la Misión Pontificia por Palestina creada por Pío XII en 1949, La Catholic Near Welfare Association, la Cruz Roja, Cáritas, La Orden de los caballeros del Santo Sepulcro. Uno de los objetivos prioritarios, claramente manifiesto, es el del mantenimiento de escuelas, en ellas se llega incluso a ayudar económicamente a las familias, para que puedan continuar con la formación básica de sus hijos.

Todos los líderes religiosos de las comunidades cristianas de Tierra Santa, han tomado mayor conciencia de la urgencia de coordinar las iniciativas particulares para ofrecer soportes eficaces, no sólo sustitutivos, con el fin de que los propios fieles descubran siempre mejor la propia vocación, esto es, la específica de los cristianos, a ser

tales en Tierra Santa. Finalmente se subrayó varias veces la función específica de la Iglesia en este contexto crucial. La acción por la paz y la justicia, promoviendo también, una acción política que lleve a las dos partes en lucha a la reconciliación. De hecho la situación de inseguridad, de injusticia y de guerra, es la que empuja a muchos a abandonar su propia tierra. En otras palabras: el papel de la Iglesia católica y de todas las iglesias en Tierra Santa no consiste tanto en apoyar a una de las partes contendientes en contra de la otra, sino en ayudar a ambas partes a reconciliarse en la justicia, no con la victoria del uno sobre el otro; únicamente con esta recíproca reconciliación puede respetarse la santidad de los Santos Lugares, y garantizar la permanencia allí de los cristianos. También se insistió en la necesidad de proseguir con el diálogo interreligioso entre cristianos, musulmanes y hebreos.

Por un futuro de los cristianos en Tierra Santa

La necesidad de que los habitantes de Tierra Santa puedan «vivir en justicia y paz», lo mismo que los del resto del mundo, fue subrayada y reafirmada por Juan Pablo II en su discurso a los participantes en el encuentro sobre el Futuro de

los cristianos en Tierra Santa. Recordando el mensaje que los Patriarcas y los responsables de las comunidades cristianas de Tierra Santa habían enviado a sus fieles y a todos los cristianos del mundo al comienzo del jubileo del año 2000 (4 de diciembre de 1999) añadía el Santo Padre: “¡Cómo hubiéramos querido que este mensaje fuese es-

*«no hay otra alternativa
para ambos pueblos, que la
de vivir juntos, como hijos
del mismo Padre que está
en los cielos»*

cuchado y realizado con rapidez! ¡Cómo hubiéramos querido que no hubiese necesidad de repetirlo! ¡Cómo hubiéramos querido ver a nuestros hermanos hebreos y musulmanes caminar juntos, con nosotros también, en un único y solidario pacto de amor para restituir a Tierra Santa su verdadero rostro de «encrucijada de paz» y de «tierra de paz»! A los obispos católicos de Tierra Santa «les corresponde el grave deber de continuar siendo destinatarios de la presencia del amor de Dios en aquellas tierras siendo portadores de su mensaje en ambientes de mayoría islámica o hebrea» (Obs. Rom., 14 de diciembre de 2001, 5).

En su discurso introductorio, el cardenal Sodano, recordando que la historia de Tierra Santa es una «historia de lágrimas y de sangre», de profundas heridas y tensiones dolorosas, una historia iniciada con el plan de la ONU en 1947 por la participación de Palestina, subrayó la autoridad interna de los Sumos Pontífices, desde Pío XII hasta Juan Pablo II, para hallar una solución a los graves problemas de la región. El mismo Juan Pablo II durante su visita a Tierra Santa (marzo de 2000), con motivo del encuentro con las autoridades de Israel y Palestina, no hizo más que recordar a todos, que «no hay otra alternativa para ambos pueblos, que la de vivir juntos, como hijos del mismo Padre que está en los cielos» (Ibíd.)

Partiendo de la necesidad ineludible de reconciliación entre las dos partes aún en lucha, pueden resumirse en cuatro los puntos fundamentales surgidos de la reflexión sobre el futuro de los cristianos en Tierra Santa: la seguridad del Estado de Israel, el nacimiento de un Estado para el pueblo palestino, un estatuto con garantía internacional para las partes más sagradas de la ciudad de Jerusalén, y una solución equitativa para los refugiados palestinos. El marco para hacer realidad, en el respeto al derecho y a la equidad, tales

puntos fundamentales, está dado ya por los tratados establecidos y por las resoluciones de las Naciones Unidas. En este ámbito de las relaciones internacionales se recordó naturalmente la actualidad de los Acuerdos suscritos con la Santa Sede, tanto para el Estado de Israel en 1999 como por la Autoridad Nacional Palestina en el 2000. Un quinto elemento, de importancia primordial para Iglesia católica y para toda la cristiandad, es el relativo al proyecto del gobierno israelí de construir una mezquita justo detrás de la Basílica de la Anunciación en Nazaret. La elección del lugar fue juzgada una vez más como «una provocación», una falta más de respeto a los sentimientos de los cristianos de todo el mundo. Por el momento parece que tal proyecto está parado por el gobierno israelí.

Por una esperanza de paz en Tierra Santa

El encuentro sobre el futuro de los cristianos en Tierra Santa, se desarrolló en un periodo de tiempo señalado por dos afligidas intervenciones del Papa: «Repito una vez más en el nombre de Dios: la violencia es para todos solo un camino de muerte y de destrucción que deshonra la santidad de Dios y la dignidad del hombre». Así lo

afirmaba Juan Pablo II en el rezo del Angelus del domingo 4 de octubre, constatando con profunda tristeza que «la guerra y la muerte había llegado incluso hasta la plaza de la Basílica de la Natividad de Nuestro Señor» (Obs. Rom., 22-23 de octubre de 2001, 1); a continuación, lo recordamos, los bombardeos por carros armados israelíes de Belén, Beit Jala y Beit Sahur. Aquel grito de dolor y de repulsa contra la guerra, se renovaba de nuevo en la circunstancia, quizás más solemne para Iglesia católica, esto es, en el Mensaje Urbi et Orbi de Navidad: «Cada día llevo en el corazón los dramáticos problemas de Tierra Santa» (Ibíd., 26 de diciembre de 2001).

Podrá haber paz en la tierra en la que nació y actuó Jesucristo, «el Príncipe de la Paz», tan solo si las partes volvieran a ser operadoras de paz, reconstruyendo las vías de diálogo, reactivando el proceso de paz que había hecho esperar tanto a finales del casi secular conflicto entre israelíes y palestinos. Para romper de una vez por todas, una espiral tan perversa, las autoridades de ambos bandos, deberían tener el coraje y la fuerza, de reemprender la negociación, también, y no obstante los repetidos actos de violencia, que han estallado siempre, poniendo en peligro toda tentativa de acuerdo. Si se pide a

Arafat con justicia, parar y neutralizar a los terroristas en el interior de sus territorios, otro tanto debe pedirse a Israel: hacer un gesto político unilateral. De un alto valor simbólico, comenzando por desmantelar alguno de los asentamientos que el Estado de Israel, y

*no ayuda a la causa de la
paz la «retención» de
Arafat que Sharon
mantiene en la ciudad de
Ramalla*

contra las resoluciones de la ONU ha realizado en Cisjordania, comprendida Gaza y Hebrón, donde en 1967, antes de la ocupación militar de la guerra de los seis días, no existía prácticamente ni un solo hebreo.

El clima de violencia que indujo a Juan Pablo II a convocar a Roma a los responsables de las comunidades católicas en Tierra Santa, ha seguido adelante casi diariamente salvo alguna excepción. Ciertamente no ayuda a la causa de la paz la «retención» de Arafat que Sharon mantiene en la ciudad de Ramalla. En esta situación Juan Pablo II ni ha cesado ni cesa en dar a conocer su propia voz invocando paz y reconciliación. Recordando el binomio imprescindible «justicia y per-

dón» objeto del mensaje pontificio para la 35 Jornada Mundial de la Paz del primero de enero de 2002, afirmaba el Papa, presidiendo la celebración eucarística de esa misma jornada: «Este llamamiento es sobre todo para cuantos creen en Dios, en particular para las tres grandes religiones abrahámicas, Hebraísmo, Cristianismo e Islam, invitadas a pronunciar siempre el

*las armas y los atentados
cruentos jamás serán justa-
mente adecuados para hacer
llegar mensajes políticos a
los interlocutores*

más firma y decisivo rechazo de la violencia.

Nadie, y por ningún motivo, puede matar, en el nombre de Dios único y misericordioso. Dios es vida y fuente de vida. Creer en él significa dar testimonio de la misericordia y del perdón, rehusando instrumentalizar su santo nombre» (Ibíd., 2-2 de enero 2002).

El jueves 10 de enero, al recibir en la Sala Regia a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, para la felicita-

ción del año nuevo, animaba el Papa a los presentes a no dejarse «vencer por la dureza de estos tiempos». Poniendo de relieve después que Tierra Santa «es siempre, por culpa de los hombres, una tierra de fuego y de sangre», añadía: «nadie puede permanecer insensible a la injusticia de la que el pueblo palestino es víctima desde hace más de cincuenta años. Nadie puede negar el derecho del pueblo israelí a vivir seguro. Pero tampoco nadie puede olvidar las víctimas inocentes, que de una y otra parte, caen cada día bajos los golpes y los disparos. Las armas y los atentados cruentos jamás serán justamente adecuados para hacer llegar mensajes políticos a los interlocutores. Pero tampoco la lógica de la ley del talión, es adaptada para preparar vías de paz». Y terminaba el Santo Padre este pasaje sobre Tierra Santa afirmando: «Israelíes y palestinos, los unos contra los otros, no vencerán la guerra. Eso sí, los unos con los otros, pueden alcanzar la paz» (Ibíd., 11 de enero de 2002, 6-7). Son palabras llenas de sentido que todo hombre dotado de voluntad de paz, debería sopesar, meditar y poner en práctica seriamente. ■